

El perdón: la puerta estrecha y la misericordia suave de Dios

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

“Dios es amor”, nos enseña la Sagrada Escritura (1 Jn 4,8). Y la Escritura es igualmente clara: no podemos decir que amamos a Dios mientras nos negamos a amar a nuestros hermanos y hermanas. El amor y el perdón van unidos. Sin embargo, la Iglesia sabe —y el Señor sabe— que el perdón es, a menudo, uno de los mandatos más difíciles del Evangelio.

Jesús nunca habla del perdón a la ligera. Él comprende su costo.

Nos dice: “La puerta es estrecha y el camino es angosto que lleva a la vida, y pocos lo encuentran” (Mt 7,13–14). Para muchos —especialmente para quienes han sido profundamente heridos— esta puerta estrecha puede parecer aterradora o incluso abrumadora. Las experiencias de abuso, traición, violencia, abandono o injusticia grave dejan heridas reales en el corazón. En estos casos, la dificultad para perdonar no suele ser una falta de amor, sino un corazón herido que intenta sobrevivir.

Detengámonos aquí un momento y respiremos la misericordia de Dios.

Cuando el rencor se instala en el corazón, puede ir cerrándolo poco a poco a la gracia y cargar el alma en su camino hacia Dios. Pero Dios no confunde la herida con la dureza del corazón. Él ve la lucha, no solo el resultado. Está cerca de quienes sufren y camina pacientemente con ellos.

Por eso Jesús coloca el perdón en el centro mismo de la oración: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.” Y añade palabras exigentes, pero profundamente liberadoras: “Porque si ustedes perdonan a los demás sus ofensas, también su Padre celestial los perdonará a ustedes; pero si no perdonan a los demás, tampoco su Padre perdonará sus ofensas” (Mt 6,12.14–15).

Estas palabras no están destinadas a cargar al herido ni a apresurar la sanación. Dios no exige una resolución emocional inmediata, ni niega la realidad del trauma. El perdón suele ser un camino lento e irregular, que requiere gracia, oración, tiempo y, en ocasiones, ayuda profesional. Dios es paciente. Nunca abandona a quien intenta avanzar, aunque se sienta detenido.

Es fundamental comprender claramente lo que el perdón no es. El perdón:

- no niega la realidad del mal
- no justifica el pecado, el abuso ni la injusticia
- no elimina las consecuencias ni la responsabilidad
- no exige reconciliación ni cercanía cuando se necesitan límites para la seguridad

El perdón sí es la decisión —a veces tomada cada día, a veces de forma imperfecta— de poner el juicio en manos de Dios y renunciar a la venganza. Como enseña san Pablo:

“No se vengan ustedes mismos... dejen lugar a la ira de Dios, porque está escrito: ‘Mía es la venganza, yo pagaré’, dice el Señor” (Rm 12,19). Cuando el resentimiento gobierna el corazón, quien nos hizo daño puede seguir dañándonos interiormente. El perdón, incluso cuando es frágil e incompleto, comienza a aflojar esas cadenas y a devolver la libertad —poco a poco.

La Iglesia nos presenta testigos que nos recuerdan que el perdón solo es posible por la gracia, no por la fuerza humana. Uno de ellos es Santa María Goretti, quien perdonó a su agresor mientras agonizaba y confió la justicia a Dios. Su historia no es una norma impuesta a todos, ni una medida de santidad para los heridos. Es un signo de lo que la gracia divina puede obrar en su propio tiempo y de su propia manera.

No todos están llamados a un perdón heroico, ni al mismo ritmo. Pero todos están invitados a presentar sus heridas con sinceridad ante el Señor, el único que puede sanar lo que el esfuerzo humano no alcanza.

Cada uno de nosotros debe afrontar una verdad seria: nuestra alma es eterna. Lo que va formando nuestro corazón va dando forma a nuestro camino hacia Dios. Sin embargo, Dios juzga con misericordia, no con dureza. Él ve el deseo, la lucha y el anhelo de sanar.

El amor verdadero a Dios requiere la entrega gradual de la autosuficiencia: el impulso de controlar los resultados, proteger el orgullo o aferrarse a la venganza como escudo contra el dolor. Quienes buscan su propia seguridad luchan para perdonar. Quienes aprenden poco a poco a confiar en Dios descubren la humildad, el abandono y la paz.

San Pablo nos exhorta: “Sean bondadosos y compasivos unos con otros; perdónense mutuamente como Dios los perdonó en Cristo” (Ef 4,32). Y también: “Sean imitadores de Dios, como hijos muy amados” (Ef 5,1). Y el mismo Señor nos invita con ternura: “Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

A medida que crecemos en la conciencia de cuánto nos ama Dios —especialmente en nuestra herida— nuestro amor por Él se purifica y se fortalece. El amor divino va soltando lentamente el nudo de la amargura y nos libera del peso de juicios que nunca estuvimos llamados a cargar. Aunque seguimos viviendo en el mundo, comenzamos a vivir más profundamente en Dios.

Si estás luchando para perdonar, comienza con suavidad. Pídele al Señor la gracia de querer perdonar. Háblale con honestidad de tu resistencia y de tu miedo. Lleva tus heridas a la oración, al Sacramento de la Reconciliación, a la adoración eucarística, o a un guía espiritual o consejero de confianza. Dios nunca desprecia un corazón sincero y nunca apresura al herido.

Que el Señor, rico en misericordia, sane lo que está roto, proteja lo que es vulnerable, ablande lo que está endurecido y nos conduzca —paso a paso— por la puerta estrecha hacia la alegría preparada para sus hijos.

En Cristo,

P. Vilaire Philius / Párroco]